

Horas juveniles

Anuestro lado, Antonio Rodríguez-Moñino despertó su inusitada afición a la bibliografía. Era, entonces, en Badajoz un foco de cultura la biblioteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Su historia, nos habla de la intensa labor realizada en nuestra capital.

López Prudencio, sobre todo, y, mi humilde persona, nos dimos cuenta de que a su futura profesión de abogado prefería sentarse horas y horas, confrontando fichas y libros, con un entusiasmo impropio de su edad juvenil, y esto contra los deseos de su señor padre, que nos reñía amistosamente por alentar en sus aficiones bibliográficas al que fue luego, uno de los mejores, tal vez el mejor de los bibliófilos españoles, entre la admiración de nacionales y extranjeros.

Antonio Rodríguez-Moñino, de carácter, tal vez, un poco adusto e independiente, ocupó los puestos más señeros en Universidades de los EE. UU., alcanzados por su talento y su voluntad.

Cuando se ausentó de la provincia, lo recomendamos a don Ramón Menéndez Pidal, que lo acogió como se merecía.

Contar paso a paso su trayectoria estudiantil en Badajoz, y, luego, sus rápidos progresos en Madrid y fuera de España, nos llevaría a ocupar un espacio ajeno a la limitación de la tarea que nos han encomendado.

Fue su modo de ser tan personal desde muy joven, que en sus ponderados juicios sobre su profesión, conquistada a fuerza de en-



Antonio Rodríguez-Moñino en su gabinete de trabajo

tusiasmo, no prescindía de enfrentarse incluso con sus más adictos, como nosotros, cuando se creía en posesión de la verdad. Su padre, jefe de los Departamentos del Municipio, quería que Antonio no desatendiera sus deberes de estudiante de Derecho, por lo que más de una vez intervinimos, como ya hemos dicho, en defensa y ayuda de su pasión favorita.

Moñino, dueño y señor de la biblioteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, se pasaba horas y horas dedicado a manejar libros, hasta el punto de que en una ocasión se le olvidó la hora de la comida y tuvo en jaque a toda su familia, hasta que dieron con él, encerrado en el salón de lectura.

Allí conoció y estudió con afán a Bartolomé José Gallardo, siguiéndole paso a paso en el difícil camino de la bibliografía. Mucho antes de su marcha a Madrid, Rodríguez-Moñino publicó, a partir de los catorce años, —desde 1924 a 1947— estudios de bibliografía referentes a Extremadura. Así lo confirma en sus trabajos sobre Moñino el culto investigador Juan Manuel Rozas, que los califica como obras de su primera etapa. En su segunda etapa —según sabemos— fue gran investigador y además planificador de investigaciones. En 1958-1959, con su trabajo en torno a las diversas ediciones del Cancionero, culmina su labor de editor de textos. Y fue programador y además, ahora, teórico de los problemas eruditos del Siglo de Oro.

En el II Congreso de Estudios Extremeños, celebrado en Badajoz que, después de su aureola genial a través de sus trabajos, estuvo a nuestro lado, se desquitó por demostrar el cariño que sentía, entregándose con alma y vida a dirigir personalmente todas las comunicaciones y estudios de las figuras más destacadas de Madrid, allí presentes, en un alarde de su valía y especialmente de su amor a Badajoz.

Su actitud sentimental y emocionante nos llegó al alma.

Quiero terminar estos breves recuerdos, agradeciendo a la notable revista «ALCÁNTARA» el número extraordinario dedicado a la memoria de Rodríguez-Moñino y a la atención que ha tenido su director, mi buen amigo Carlos Callejo, solicitando mi modesta colaboración.

Enrique SEGURA

Correspondiente en Badajoz
de la Real Academia de Bellas Artes
de San Fernando